

FILOSOFÍA DEL SILENCIO

ABRAHAM A. RASGADO GONZÁLEZ*

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

A Tehuantepec, el silencioso

Resumen: En este trabajo se sostiene que el silencio tiene un significado dentro del lenguaje. Reflexionamos sobre ello porque los filósofos y lingüistas prestan poca atención hacia este tema y su revalorización propuesta. Se hace un pequeño recorrido por la historia de la filosofía, para intentar desentrañar lo que (algunos) filósofos del lenguaje de la antigüedad han reflexionado directa o indirectamente sobre el silencio y sus significados. Hacemos un énfasis, en la época contemporánea, en Martin Heidegger y Ludwig Wittgenstein, quienes hicieron reflexiones sobre el particular. Sostenemos que el silencio es una fuente de comunicación humana; proponemos un lenguaje del silencio, el cual debe contar con un análisis serio.

PALABRAS CLAVE: ESCUCHAR, HEIDEGGER, LENGUAJE, SILENCIO, WITTGENSTEIN

Abstract: *This paper argues that silence has a meaning within language. This reflection is made because philosophers and linguists pay little attention to this issue and its proposed revaluation. Here, the History of Philosophy is reviewed to try to get to the bottom of what was thought and argued by some ancient philosophers, directly or indirectly, about the silence and its meanings. We focus in the contemporary era, in Martin Heidegger and Ludwig Wittgenstein, who made reflections on the subject. We hold that silence is a source of human communication; we propose a language of silence, which must have a serious analysis.*

KEYWORDS: TO LISTEN, HEIDEGGER, LANGUAGE, SILENCE, WITTGENSTEIN

* aarg01@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

En este ensayo, pretendo analizar una cuestión que he observado y que ha sido abandonada no sólo por los lingüistas, sino también por los filósofos: el papel que el silencio juega en el lenguaje y sus fines. Hemos construido una teoría del conocimiento a partir del *yo*. Yo hablo, yo pienso, yo existo, yo conquisto; yo hablo y yo no escucho, yo no me callo. No soportamos el silencio como un modo natural de comunicación. No aceptamos que el silencio sea capaz de significar. ¿El silencio es un mero callarse, es decir, es una falta de pensamiento? ¿Se calla alguien sólo cuando no tiene algo que decir? ¿El silencio comunica algo? ¿Tiene resonancia el silencio? Trataré de desentrañar lo que algunos filósofos han reflexionado sobre el particular. Consideraré sólo a algunos filósofos que se hayan ocupado del tema.

ALGUNAS DEFINICIONES

Comenzaré por definiciones gramaticales. Un diccionario define al lenguaje como “Facultad de emplear sonidos articulados para expresarse, propia del hombre” (Moliner, 2004: 168). Aquí ya se deja entrever la concepción que tiene el pensamiento occidental en cuanto a este vocablo. Habla estrictamente de sonidos, de ruidos, de fonemas.

Nicola Abbagnano, nos dice que el lenguaje es:

[E]l uso de los signos intersubjetivos. Por intersubjetivos se entiende los signos que hacen posible la comunicación. Por uso se entiende: 1) la posibilidad de elección [...] de los signos; 2) la posibilidad de combinar tales signos en modos ilimitados y repetibles. (Abbagnano, 2004: 642)

Esta última enunciación nos plantea claramente la intersubjetividad, es decir, que el lenguaje es posible cuando más de uno pueden, mediante signos, comunicarse a través de él. Asimismo, deja de utilizar el *sonido* como único código comunicativo. Que el lenguaje sea convencional o natural, es un asunto que ahora no abordaré; unos argumentan en favor del convencionalismo y otros del naturalismo (Beuchot, 2005: 11 ss.).

Ahora bien, en su obra *Lingüística y Filosofía*, Georges Mounin hace un brevísimo recorrido histórico sobre la definición del lenguaje y considera, por ejemplo, definiciones que provienen de autores desde el siglo XVIII, de los cuales señala la desigualdad “que aquella época alcanzó en su reflexión en torno a las lenguas” (Mounin, 1979: 125 y 126). Y advierte el problema que planteamos en este trabajo cuando anota:

Furetière está atento a dos problemas que siguen muy de actualidad: el de los lenguajes distintos de las lenguas (“Figuradamente, también se habla de lenguaje [...] para los signos mudos, gritos o sonidos inarticulados que sirven para dar a conocer cosas diversas”) y el de la comunicación animal. (Mounin, 1979: 126)

Aunque muestra la primacía del habla y al resto lo considera distinto de la lengua, me parece correcta la acotación que hace sobre el tema.

El lenguaje ha sido caracterizado en mayor medida por el habla exclusivamente, por la pronunciación de sonidos que comunican el pensamiento del hablante, del usuario de este instrumento comunicativo. Y aunque con sus reservas, Mounin, siguiendo a Furetière, afirma que un lenguaje fuera del lenguaje (convencional) es el lenguaje animal, Edward Sapir (2004) afirma lo contrario, que el lenguaje animal no es lenguaje. Por lo demás, me parece se han dejado de lado otras formas de comunicación; como ejemplo de ello podemos mencionar al silencio. No quiero decir con esto que el silencio tenga las mismas características de la palabra hablada, sin embargo, sí considero que debe tomarse en cuenta de forma seria su estudio y análisis.

ALGUNOS FILÓSOFOS SILENCIOSOS

Pitagóricos

En la Edad Antigua, muchas escuelas filosóficas han argumentado sobre la naturaleza del lenguaje, desde los pitagóricos hasta los sofistas. La escuela de Pitágoras de Samos (570-497 a. de C.), integrada por comunidades religiosas (Xirau, 2007: 35) y estudiosas, le daba una importancia central al *silencio*, no como mera forma de comunicación, sino como un asunto de

trascendencia metafísica. Era un modo de preparación para ser aceptado en la escuela pitagórica (pero no sólo como un requisito de acceso). Los aspirantes susceptibles de ser iniciados debían permanecer en *silencio* durante cinco años (Laercio, 2003: 271-286). ¿Y para qué el silencio? Para preparar mejor la palabra. Para desalojar la ligereza de espíritu que aturde a las personas de palabra fácil y vacua.

Diidxa' ribee diidxa' (las palabras generan palabras), dicen los sabios *binigula'sa* de Tehuantepec. Es cierto, pero ¿qué palabras? Los pitagóricos recuperan el silencio como forma de generar voces más profundas: hacerse las preguntas fundamentales de la filosofía era cuestión del silencio. Las respuestas, e incluso las formas de plantearse las interrogantes, dependían de la reflexión silenciosa, ascética, de los filósofos. Deshacerse de la ligereza de espíritu: el silencio se hacía no una costumbre, sino un método de pensamiento, puesto que el hablar interior les había hecho adquirir una cláusula especial a la hora de hablar. Esto es, la actitud callada les impedía abaratar la pronunciación de las palabras habladas. Ello, incluso, me parece que trasciende al estudio del papel del silencio en el lenguaje. El silencio aquí es una entidad determinante del lenguaje y no un objeto inferior e insignificante.

Gorgias de Leontini (484-375 a. de C.)

Los sofistas dieron un impulso grande al análisis del lenguaje, debido al interés que tenían por la retórica, la gramática y la construcción de discursos persuasivos. Uno de estos sofistas fue Gorgias de Leontini (Beuchot, 2005: 13), quien, además, da nombre a uno de los diálogos de Platón, el *Gorgias*. Aunque no podemos decir que haya reflexionado de forma importante sobre ello, sí hizo algunas sugerencias sobre el tema. Reportes doxográficos nos han allegado de una buena parte del pensamiento de este filósofo y retórico, y es ahí donde encontramos su pensamiento respecto a este tema.

En su *Acerca del no ser o acerca de la naturaleza*, Gorgias toma en cuenta el lenguaje:

Así como lo que se ve, por eso, porque se ve, se dice visible, y lo que se oye, por eso, porque se oye, audible, y ciertamente no rechazamos lo visible porque no se oye, ni despreciamos lo audible porque no se ve (ya

que cada cosa debe ser juzgada por su propio sentido y no por otro), así también lo que se piensa, existirá, aun cuando no fuera visto por la vista ni oído por el oído, ya que es concebido por su criterio adecuado. (Gorgias, 1980: 5)

Es importante la mención que hace Gorgias de la existencia del pensamiento aun cuando no fuese captado por el oído. Es decir, existe un ente apto para ser aprehendido no sólo por el mero hablar-escuchar, puesto que hay algo existente que no se habla. En otras palabras, hay algo dentro del silencio que sólo silencio.

El mismo Gorgias, argumenta que esto no es comunicable cuando hace un corolario a lo antes expresado:

(83) Pero aun cuando se comprendiera, es incomunicable al otro. Pues si los seres son visibles y audibles y, comúnmente, sensibles —los que subsisten fuera—, de éstos, los visibles, son recibidos por la vista, y los audibles por el oído, y no inversamente [...] (84) La palabra es con lo que declaramos, pero la palabra no es substancias y seres. Pues así como lo visible no podría llegar a ser audible y viceversa, así el ser, ya que subsiste fuera, no podría llegar a ser la palabra nuestra. (Gorgias, 1980: 5)

Así, este orador, argumenta la separación del ser y del lenguaje. Algo que veremos en el apartado dedicado a Martin Heidegger. “El lenguaje es la casa del ser”, argumenta el filósofo germano y Gorgias dice que no; este último anuncia la total separación de las dos entidades. Y, además, discute que sólo la palabra es comunicable, sólo la palabra significa algo que pueda ser interpretado por el otro. Iba bien, y retrocedió.

Aristóteles (384-322 a. de C.)

Aristóteles, el de Estagira, funda su *Teoría del conocimiento* a partir de la visión. En el primer libro de la *Metafísica* no habla del lenguaje como vía para acceder al conocimiento (como Platón lo hace en el *Cratilo*), sino del ver: “Él parte de la visión y dice: ‘hay que ver’, claro, no se ve sino bajo la luz, y lo iluminado es la ‘idea’ que significa ‘lo iluminado’, entonces es una filosofía del ver, del ver que a su vez es dominado como mundo y que se defiende con las armas” (Dussel, 2009).

Es, sin embargo, en su obra *Sobre la interpretación*, donde Aristóteles analiza el lenguaje. Él no sólo toma en cuenta el habla, también de manera indirecta el silencio, a partir del escuchar. Esto es un avance grande, aunque no lo hace de forma sistemática.

[T]ambién añade otro sentido, que es el de la comunicación, esto es, no sólo lo que interpretamos cuando se nos comunica algo, sino lo que hacemos además nosotros al comunicarnos: no únicamente la recepción, sino también la emisión de los mensajes. Comprende la locución y la escucha, el habla completa de una lengua, el acto por el que nos comunicamos con los otros. (Beuchot, 2005: 21)

El Estagirita toma en cuenta al ciclo comunicativo (o circuito semiótico) completo: hablar, escuchar (para decodificar) y no sólo emitir un monólogo en el cual, cuando dejo de hablar, se acaba mi papel en el ciclo comunicativo. Aquí, el silencio es tocado indirectamente desde el escuchar, como una condición necesaria para llevarlo a cabo. No deja de analizar y tomar en cuenta el sonido.

DEL SILENCIO EN PARTICULAR

De entrada, veamos cómo el silencio es tomado como una falta de pensamiento, como un defecto de nuestra capacidad reflexiva, como una ignorancia que nos deja mudos.

Cuando hablamos, esperamos que el otro nos escuche en silencio, que nos ponga atención, que aprehenda la interpretación de nuestro propio pensamiento a través de los signos lingüísticos. Hablo. ¿Y después, guardo silencio? Sí, tal vez sí, guardamos silencio, pero como una pasividad, como una acción negativa, un *dejar de hacer* lo que estábamos haciendo (hablar). No nos callamos para poner atención al otro que ahora tomó nuestro lugar de encodificador: nuestro cerebro está apagado (por decirlo de alguna forma), esto es, tal vez estamos pensando en lo bien o mal que hablamos o en si se nos entendió, pero no estamos tratando de aprehender o decodificar lingüísticamente el mensaje de mi interlocutor (y tal vez hasta metafísicamente). Y si lo hacemos, es sólo para sujetar lo que tenga que ver con lo

que yo dije. Únicamente decodifico lo que parece, o se asemeja o es igual a las ideas que expresé (o lo que haga referencia a ellas). No tenemos un respeto por el otro. No estamos formados para escuchar, sólo para callarnos como un acto negativo.

El silencio, *n. gr.*, es definido como:

Circunstancia de no haber ningún sonido en un sitio o en un momento. Circunstancia de no hablar las personas. Circunstancia de no hablar de cierta cosa: “El historiador guarda silencio sobre ese punto”. (Moliner, 2004: 1086)

En la primera acepción sólo es ausencia de ruidos (no sólo humanos, también ruidos casi abstractos); en la segunda es como apagar el cerebro; y, en la tercera, es como una señal de ignorancia, de falta de conocimiento. Y sobre esta base de definición gramatical se sustentan nuestras nociones del ente silencioso.

Enseguida analizaré a los filósofos Martin Heidegger —quien consideró, aunque no extensamente, este tema en su obra *El ser y el tiempo*— y Ludwig Wittgenstein.

Ludwig Wittgenstein (1889-1951)

Un filósofo contemporáneo que hizo varios asertos sobre la actitud del silencio, fue el vienés Wittgenstein. En su primera obra, el *Tractatus logico-philosophicus*, en el prólogo que él mismo escribió (y en el último párrafo de su libro), dice que “De lo que no se puede hablar hay que callar” (Wittgenstein, 2007: 132, § 7). Filosofía hartamente individualista, nos expresa que lo que yo no puedo pensar —lo que es impensable, dice el filósofo austriaco— no lo puedo adquirir escuchando al otro, esto es, solamente yo puedo generar mi propio conocimiento, y no tengo ni la obligación ni el derecho de escuchar al otro. Somos, en el planeta Tierra, seis mil millones de soledades e incomunicaciones. Wittgenstein pretende “trazar un límite al pensar” (Wittgenstein, 2007: 47), quiere evitarnos la pena de pensar lo que no se puede —¿o no se debe?— pensar.

Wittgenstein, el gran lógico, en su *Tratado lógico-filosófico*¹, al final, dice lo siguiente: *acerca de lo que no se puede hablar, es necesario guardar silencio* (Schweigen), y pareciera que con eso ya no hay más que hacer. Justamente el libro de Carlos Lenkersdorf² le diría a Wittgenstein, y le diría para mostrarle lo que no sabe: en el momento en que ya no tengo más que hablar y tengo que guardar silencio, empieza el acto más importante, porque ¡en el silencio tengo que aprender a escuchar!, señor Wittgenstein, señor Aristóteles, señor Descartes; hay que de-construir toda la filosofía moderna. (Dussel, 2009)

Hay cosas que no se pueden decir, que sólo se muestran: “Existe, de cualquier modo, lo indecible. Se muestra, es lo místico” (Wittgenstein, 2007: aforismo 6.522). Luis Villoro lo expresa en forma negativa: “Lo místico no es decible, se muestra” (2008: 179). Lo místico hace referencia a lo que no se muestra, pero que da sentido a lo que existe en el mundo. Lo místico, pues, puede ser silencioso de palabras, mas no de significado. Lo místico, las experiencias místicas no se pueden expresar en nuestro lenguaje, más bien lo que cabe es el silencio, coincidiendo aquí con el Pseudo Dionisio en su *Teología mística*.³

Pero tratando de comprender el silencio wittgensteiniano, se hace una referencia a una contraparte, anti-silenciosa, que enarboló el nacional-socialismo alemán.

Hitler desconfía del silencio: *Jamás me cansaré de prevenir a nuestro joven movimiento contra el peligro de quedar cogido en la malla de los llamados “obreros silenciosos”. Estos [sic] son, no solamente cobardes sino, además, incapaces e indolentes.* (Citado en Alonso, 2002: 55)

Esto tiene implicaciones éticas, del alcance de la filosofía política incluso, pero es importante resaltar esta posición tan extrema de rechazar el silencio

¹ Wittgenstein, 2007: 132.

² Lenkersdorf, 2008.

³ Pseudo Dionisio (1995: 14) dice: “Allí los misterios de la Palabra de Dios / son simples, absolutas, inmutables / en las tinieblas más que luminosas / del silencio que muestra los secretos”.

reflexivo: sólo desea acción, grito, pelea, agitación (Alonso, 2002: 55), sólo privilegiar a las palabras que generan palabras, sin importar lo que éstas conlleven. Es sólo llenar el vacío de ruidos con más ruido, aturdir al pensamiento con griteríos para ciertos fines un tanto turbios: sedar el pensamiento crítico.

“Lo inefable (aquello que me parece misterioso y no me atrevo a expresar) proporciona quizá el trasfondo sobre el cual adquiere significado lo que yo pudiera expresar” (Wittgenstein, 1987: 38). Es decir, lo que no se puede decir, lo silencioso, muchas veces da sentido (*significado*) a eso que sí puedo expresar y que trata de decir lo indecible.

Wittgenstein recomienda el silencio ante lo que no se puede decir (o lo que no se quiere decir), Hitler exhorta a que se hable, aunque no se tenga nada que decir, y aunque se esté al borde del abismo.

Martin Heidegger (1889-1976)

Este filósofo nacido en Messkirch, Selva Negra de Baden, Alemania, publicó su monumental obra, *El ser y el tiempo*,⁴ en 1927. En ésta, vuelve a poner en la mesa de discusión el estudio sobre el ser y no solamente sobre el ente. De pasajes muy oscuros, de difícil comprensión para los poco avezados en las lecturas filosóficas, nos va adentrando en su forma de desvelar al ser ¿Por qué el ser y no mejor la nada?, pregunta Heidegger, es decir, ¿qué es lo que hace que algo sea algo y no otra cosa? ¿Existe la nada? ¿Qué es la nada? Y para esto, considera el estudio del lenguaje, que nos lleva paso a paso. Primero, nos dice que habrá que escuchar:

La relación del habla con el comprender y la comprensibilidad resulta clara si se fija la atención en una posibilidad existencial, inherente al hablar mismo, el oír. No es casual que digamos, cuando no hemos oído “bien”, que no hemos “comprendido”. El oír es constitutivo del hablar.

Hablar y oír se fundan en el comprender. Éste no nace ni del mucho hablar, ni del afanoso andar oyendo. Sólo quien ya comprende puede “estar pendiente”. (Heidegger, 2007: 182-183)

⁴ El título original es *Sein und Zeit*. Seguí la traducción de José Gaos.

De inmediato, Heidegger da otro paso, ahora sí, al tema que me ocupa en el presente trabajo, y he aquí la raíz de su filosofía del silencio:

El mismo fundamento existencial tiene otra posibilidad esencial del hablar, el “callar”. Quien calla en el hablar uno con otro puede “dar a entender”, es decir, forjar la comprensión, mucho mejor que aquel a quien no le faltan palabras. El decir muchas cosas sobre algo no garantiza lo más mínimo que se haga avanzar la comprensión. Al contrario: la verbosa prolijidad encubre lo comprendido, dándole la seudoclaridad, es decir, la incomprendibilidad de la trivialidad. (Heidegger, 2007: 183)

Este es un pasaje bastante esclarecedor sobre el lenguaje silencioso, que me parece da en el blanco: el hablar mucho no significa decir algo. No siempre el hablar tiene algo que transmitir. A veces, transmite la *trivialidad* del que sólo grita para contener al verdadero hablar. Una condición *sine qua non* del buen hablar, es el callar, y viceversa:

Sólo en el genuino hablar es posible un verdadero callar. Para poder callar necesita el “ser ahí” tener algo que decir [...]. Entonces hace la silenciosidad patente y echa abajo las “habladurías”. La silenciosidad es un modo del habla que articula tan originalmente la comprensibilidad del “ser ahí”, que de él procede el genuino “poder oír” y “ser uno con otro” que permite “ver a través” de él. (Heidegger, 2007: 183)

Pero hay un juego lógico en estas afirmaciones de Heidegger, en el cual nos dice que si no hablamos, no podemos callar. El mundo no habla, así que no puede callar, dice; el hombre que no habla, correrá la misma suerte, afirma. Para “ver a través” del otro al que interpelo y me interpela, es necesario escucharlo, no sólo oírlo, y quien no guarda silencio no podrá hacerlo (Gaos, 1996: 49-51).

Para este filósofo, el decir y lo dicho son una misma cosa; así, hace una ontología del lenguaje, puesto que atiende al ser, a lo que es, a partir del lenguaje (*On* es un nominativo de un participio griego que significa *lo que es*, *lo ente*, y cuyo genitivo es *ontos*) (Gaos, 1996: 19), entiende que el ser es lenguaje. En la *Carta sobre el humanismo* dice:

El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. Su guarda consiste en llevar a cabo la manifestación del ser, en la medida en que, mediante su decir, ellos la llevan al lenguaje y allí la custodian. (Heidegger, 2007a: 259)

Y remata:

Antes de hablar, el hombre debe dejarse interpelar de nuevo por el ser [...] Sólo así se le vuelve a regalar a la palabra el valor precioso de su esencia y al hombre la morada donde habita en la verdad del ser. (Heidegger, 2007a: 263)

Heidegger se convirtió en un filósofo del silencio, toda su obra está surcada por este aspecto. ¿Por qué? Tal vez porque fue obligado también al silencio. Después de la victoria y ocupación de la Alemania nazi por parte de los Aliados al terminar la Segunda Guerra Mundial, nuestro filósofo fue obligado al silencio por su inicial adhesión al nazismo (estaba afiliado al Partido Nacionalsocialista) (véase Steiner: 2005), le retiraron su cátedra, fue empujado casi al olvido. Aunque esta inquietud ya le venía desde finales de los años treinta. Es entonces cuando tal vez pone más atención a la reflexión silenciosa. “Heidegger es el pensador del callar más relevante de la filosofía actual. Los pensamientos sobre el callar atraviesan casi la totalidad de su obra” (citado en Martínez, 2008: 112).

Heidegger nos dice que algo muy comprensible pero que nadie puede explicar es el concepto *ser*. Tuvo en vilo el meditar de Platón y Aristóteles; todo mundo comprende “yo soy moreno”, “soy malhumorado”, etcétera, pero es imposible que alguien aclare el más general de los conceptos. Es decir, el *ser* es la palabra más dicha, pero la menos decible (citado en Martínez, 2008: 112), muy oscura: no acepta la definición clásica de la epistemología griega que nos dice que se define por el género próximo y la diferencia específica. Es entonces cuando el ser se vuelve silencioso. Los griegos, por considerarlo inútil, abandonaron este estudio.

Heidegger, pues, fue el primer filósofo importante contemporáneo que sacó a relucir, de nuevo, el estudio del *ser*, y, en lo que nos compete, una ontología del silencio. Podemos afirmar, siguiéndolo, que el silencio anticipa

al habla, no como una evolución, sino como condición para desechar las *habladurías* a que hace referencia nuestro filósofo. Para prescindir de las palabrería emitida por los que cultivan el mucho hablar con sonidos y poco hablar en silencio antes de hablar fonéticamente.

MIS PLANTEAMIENTOS

Concebimos al signo como una representación de lo ausente. Como forma de apropiarse del mundo al nombrarlo. No podemos vivir la totalidad de experiencias. Es decir, no podemos vivir el mundo en su totalidad. Wittgenstein dice “El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas” (Wittgenstein, 2007: aforismo 1.1), pero, aun fueran los dos objetos, no podemos experimentar ni todos los hechos ni todas las cosas, y es por eso que le asignamos un signo para representarlo en su ausencia o en su inexperiencia. Le asignamos significados a las cosas, a los hechos, al mundo. Hablamos, interpelamos, y el hablar se ha constituido como el eje central del análisis lingüístico. Mas el silencio siempre está presente.

El poeta se sirve de las palabras, pero también de los silencios. El ritmo en la poesía es importante, es un elemento que no se puede perder (se puede prescindir incluso de la métrica, la rima, pero nunca del ritmo). Y el silencio en esto juega un papel muy importante. A los silencios en la escritura (que es la simbolización del habla) se les representa con los signos de puntuación. En la escuela siempre nos han enseñado a *respetar los puntos y las comas*. Nos indican la duración de cada una, y entonces, al respetar esos silencios, se dará el sentido correcto a la lectura que se hace. No es lo mismo decir “y cuando despertó, el dinosaurio aún seguía allí?” que decir “y cuando despertó el dinosaurio / aún seguía allí?”. Así podemos ejemplificar la importancia del silencio no sólo en la escritura, sino en la correcta lectura y en el hablar de los seres humanos.

Haciendo una analogía, podemos argumentar sobre la música. Los sonidos están simbolizados en las notas del pentagrama. Sí, los sonidos, pero también los silencios. Cada figura tiene su correspondiente silencio. Una redonda, una blanca, una negra, etcétera, cada una, tienen sus silencios pertinentes. Si sólo se tomaran en cuenta los sonidos sin los silencios ¿habría

música? Entonces, si el habla es algo parecido, ¿por qué no se toman en cuenta sus silencios?

El silencio representa algo más que una ausencia de habla. Indica emociones, indica situaciones, también da respuestas, asiente, niega, reprocha, *otorga*. “Interpreta mi silencio” decimos muy coloquialmente para decir algo que no queremos decir, pero que con nuestra actitud, mostramos nuestro pensamiento sin la necesidad de articular las palabras esperadas.

El silencio ha sido representado como un error, como una deficiencia del ser humano. Consideramos *traumados* o *acomplejados* o *ignorantes* a quienes en silencio siempre se están. O que sólo hablan lo necesario. Llevar al extremo el silencio, tal vez sí sea una cuestión de incorrecciones (como Heidegger lo indicó: *quien nunca habla, no es capaz de silencio*, y éste es una condición para poder bien hablar), pero no todo silencio es un menoscabo de las capacidades lingüísticas.

COMENTARIOS FINALES

Los lingüistas tienen que abordar el tema desde muchos puntos de vista, incluso tiene que ser interdisciplinario el asunto del silencio: los psicólogos tienen mucho que decir en cuanto a estos temas. ¿Por qué no también los filósofos, los antropólogos, los etnólogos, etcétera?

Atendiendo a las explicaciones de Carlos Lenkersdorf (2008: 13) en su libro *Aprender a escuchar: enseñanzas maya-tojolabales*, podemos poner como ejemplo el cómo los tojolabales nombran al hablar, ellos tienen una palabra compuesta para esto, y al decirlo, expresan: “yo-hablé-tú-escuchaste” (2008: 13), tienen un sentido más desarrollado del escuchar “oj kal awab’yex”: “yo diré ustedes escucharán”. Del estar en silencio no como mero acto de no-hablar, —apagar el cerebro—, como le llamo, sino un silencio que aprende y aprehende.

Escuchar es un acto importantísimo en el circuito comunicativo. Escuchar no sólo al otro, sino a los otros, a la comunidad. Los indígenas hoy enarbolan el *mandar obedeciendo* y este vocablo proviene del latín *ob-*: lo que tengo delante de mí; y *-audire*: escuchar; es decir, el que obedece es el que sabe escuchar al otro, a los otros (Dussel, 2009). Tal vez si aprendemos a no sólo emitir

las *habladurías* que formuló la ontología heideggeriana, podremos escuchar el grito del pueblo, el grito de los desposeídos. Porque hoy los medios de comunicación sólo emiten monólogos, griteríos que pretenden apagar la palabra de los de abajo.

Los antiguos griegos fundaron una filosofía del lenguaje, y una filosofía organizada a partir de la visión. Los maya-tojolabales y los indígenas, en particular, tenemos que pugnar por lo que Lenkersdorf llama la *cosmoaudición*, el tomar en cuenta al escuchar en silencio las palabras no sólo de los otros seres humanos, sino de los animales, de la milpa, de la naturaleza, de los astros. Saber escucharlos para poder convivir mejor con ellos.

Las palabras que anunciarán cosas sorprendidas, sorprendentes, importantes, están precedidas por solemnes silencios, profundos y enigmáticos, como el ojo del huracán lingüístico: después vendrá la palabra que construirá o devastará.

Escuchar, hablar al corazón, es hablar con nosotros mismos: “eso es lo que quería mi corazón”, “está triste mi corazón”, dicen los tehuanos cuando se refieren a su estado de ánimo o a su estado de salud. Saben escuchar sus adentros, saben estar en silencio para poder oír lo que dice su otro yo. ¿Por qué se puede llegar a pensar que todo esto es puro romanticismo o metafísica barata? Tal vez es que el positivismo aún campea por nuestros terrenos teóricos.

Puede ser que el silencio, el escuchar, se aprenda. Cuando nacimos, aprendimos escuchando, estábamos un tanto en silencio. Nosotros no inventamos ninguna palabra, todo lo recibimos de nuestras familias, de nuestro entorno. Sólo tuvimos que poner el oído atento para escuchar. Después nos enseñaron que escuchar es peligroso, y nos tornamos en intentos de dominadores y empezamos a hablar sin parar, sin darle al silencio su lugar (Dussel, 2009). Y es entonces que hablamos por hablar y nos encontramos al borde del abismo...

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola (2004), *Diccionario de filosofía*, México, México, Fondo de Cultura Económica.
- Aguilar-Álvarez Bay, Tatiana (2004), *El lenguaje en el primer Heidegger*, México, México, Fondo de Cultura Económica.
- Alonso Puelles, Andoni (2002), *El arte de lo indecible (Wittgenstein y las vanguardias)*, Cáceres, España, Universidad de Extremadura.
- Aristóteles (2008), *Tratados de lógica (Órganon)*, vol. II Madrid, España, Gredos.
- Beuchot, Mauricio (2008), *La semiótica. Teorías del signo y el lenguaje en la historia*, México, México, Fondo de Cultura.
- Beuchot, Mauricio (2005), *Historia de la filosofía del lenguaje*, México, México, Fondo de Cultura Económica.
- Chomsky, Noam (1991), *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*, versión española de Enrique Wulff, Madrid, España, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 135.
- Copleston, Frederick (2008), *Historia de la filosofía 2. De San Agustín a Escoto*, Barcelona, España, Ariel.
- Diógenes Laercio (2003), *Vidas de los filósofos más ilustres*, traducciones y prólogos de José Ortiz y Sanz y José M. Riaño, México, México, Porrúa, pp. 271-286.
- Dussel, Enrique, *Conferencia presentación del libro Aprender a escuchar: enseñanzas mayatojolabales*, pronunciadas el 25 de febrero de 2009 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Grabación de audio.
- Gaos, José (1996), *Introducción a El ser y el tiempo de Martin Heidegger*, México, México, Fondo de Cultura Económica.
- Gorgias (1980), *Fragmentos*, introducción, traducción y notas de Pedro C. Tapia Zúñiga, edición bilingüe griego-español, México, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana.
- Heidegger, Martin (2007a), *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica. [*Sein und Zeit*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1927.]
- Heidegger, Martin (2007b), *Carta sobre el humanismo*, en *Hitos*, Madrid, España, Alianza, pp. 259-297.

- Lenkersdorf, Carlos (2008), *Aprender a escuchar: enseñanzas maya-tojolabales*, México, México, Plaza y Valdés.
- Martínez Matías, Paloma (2008), “Hablar en silencio, decir lo indecible. Una aproximación a la cuestión de los límites del lenguaje en la obra temprana de Martin Heidegger”, *Diánoia*, vol. LIII, núm. 61, noviembre, pp. 111-147.
- Moliner, María (2004), *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Madrid, España, Gredos.
- Mounin, Georges (1979), *Lingüística y filosofía*, traducción al español de Gabriel Ter-Sakarian, Madrid, España, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica/II. Estudios y ensayos: 291.
- Obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita* (1995), edición preparada por Teodoro H. Martin-Lunas y presentación de Olegario González de Cardenal, Bogotá, Colombia, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sapir, Edward (2004), *El lenguaje. Introducción al estudio del habla*, México, México, Fondo de Cultura Económica, Colección *Breviarios* 96.
- Steiner, George (2005), *Heidegger*, México, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Conmemorativa 70 Aniversario, núm. 12.
- Villoro, Luis (2008), “Lo indecible en el *Tractatus*”, en *La significación del silencio y otros ensayos*, México, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 165-188.
- Wittgenstein, Ludwig (2007), *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, España, Alianza Editorial.
- Wittgenstein, Ludwig (1987), *Observaciones*, México, México, Siglo XXI.
- Xirau, Ramón (2007), *Introducción a la historia de la filosofía*, México, México, Universidad Nacional Autónoma de México.